

ARIANE DÍAZ



CON POCO CRITERIO

A propósito de *La Biblioteca*: "La crítica literaria en Argentina"¹

Anunciada meses antes de encontrarse en las librerías, en medio de acusaciones cruzadas entre González (director) y Tarcus (subdirector de la Biblioteca Nacional), con cartas y columnas apoyando a un lado y otro, y hasta plagios descubiertos mediante, salía una nueva revista *La Biblioteca*, de 552 páginas, dedicada a la crítica literaria argentina.

El director de la Biblioteca, dando cuenta de la voluminosidad de páginas de una revista que estuvo entre las "exageraciones" criticadas por Tarcus, titula "Redundancia e innovación" una editorial dedicada más a esta pelea que a discutir la relevancia del tema de la revista. Allí juega con las palabras para extender esta característica como definición de un espíritu "libertario" que la revista demostraría por la pluralidad de voces "independientes" que incluye a pesar de ser editada por una "institución pública". O, cómo un funcionario de gobierno puede ser "abierto" y "crítico", aun en contraste, como él mismo señala, con la tradición crítica nacional más reconocida iniciada en revistas independientes de las instituciones e incluso de la Academia. Por qué ello sería algo "redundante" en vez de "contradictorio" no queda claro, pero sí la ironía dedicada a Tarcus a quien ha tildado en sus declaraciones públicas de tecnócrata, y por ello continúa el editorial con un largo desarrollo sobre los medios tecnológicos y la "comunidad de saber". Claro que se evita de paso explicar que este "cambio" de ubicación de la crítica (de revistas independientes a instituciones, diarios de grandes tiradas o la Academia misma) no se trata de una curiosidad histórica, simples movimientos espaciales de la crítica, sino que, como uno esperaría de un

1. Revista *La Biblioteca* N° 4/5, verano 2006. Bs. As.

sociólogo, supondría definir importantes problemas: la ubicación de los intelectuales respecto a las políticas gubernamentales, las presiones de los medios, la academización de la crítica, los desarrollos históricos que tuvieron, es decir, las posibilidades actuales de la crítica, de un discurso independiente y las condiciones que esos espacios suponen o imponen. Pero eso era ir más allá de la guerra de *vedettes* trasladada de la calle Corrientes al edificio de la calle Agüero a lo que en definitiva estaba dedicada la editorial. Veamos entonces qué pasa con el contenido de la revista.

Dividida en secciones como “La imaginación crítica” (dedicada creemos a la definición de la práctica crítica), “Nombres, linajes y recorridos” o “Trazos malditos” (dedicadas creemos a la trayectoria de distintos autores, canónicos o “raros”, en la tradición nacional), los títulos revelan ser meras etiquetas yuxtapuestas que reúnen artículos que bien podrían estar en una u otra sección indistintamente. Si Puig puede hoy en día considerarse parte del canon literario nacional, pero fue en su momento “maldito” e incluirlo en “Trazos malditos” puede considerarse un diferendo cronológico, más difícil es explicar por qué nada menos que Victoria Ocampo puede incluirse allí. No estamos valorando aquí tanto la oportunidad o aportes de quienes escribieron en la revista sino el proyecto, o más bien la falta de tal, en que se los enmarca. Si Lamborghini una vez hizo decir a uno de sus personajes “subrayar demasiado, leer poco, como si entender fuera un suicidio”², parece que para los editores de *La Biblioteca*, nada menos que en el terreno de la crítica, se trata de editar muchas hojas, discutir poco, como si criticar fuera un pecado.

Entre los textos reunidos se observarán registros variados: desde racontos más generales dedicados a momentos históricos o problemas que atravesaron la tradición nacional, hasta análisis puntuales de la obra de un autor o crítico. No es esta variedad un problema ni lo dicho en cada caso, aunque si quizás el hecho de que, sin ejes comunes, la mixtura de registros evita la discusión de las ideas allí vertidas. Peor aun, haciendo el esfuerzo de saltar las secciones y quizá reconstruyendo lo que el editor “deconstruye”, se presentan visiones opuestas entre sí no aprovechadas para el debate de ideas. Probablemente varios de quienes reivindicaban una tradición dirigida al público y no exclusivamente a los colegas como *papers* académicos, algo tendrían para contestar a quienes nos endilgan en pura jerga “La hospitalidad la podemos encontrar dentro de los textos, bajo el término-saco [...] de la intertextualidad, y de las peripecias de la diégesis y lepsis, en las heteroglosias triunfantes sobre las actancias modales de los ritos interpretativos de la academia”³. Quienes describen distintas tradiciones en “Tribunas literarias” seguramente hubieran tenido opiniones diversas sobre la relevancia y adecuación de la crítica

2. O. Lamborghini, “La causa justa”, *Novelas y cuentos*, Barcelona, Serbal, 1988.

3. [Sic], S. Romano Sued, “Crítica y hospitalidad”, p. 245.

contorniana por ejemplo distinta a la anarquista ubicada a sólo unas páginas, y viceversa. Una sección entera como “Reflexiones sobre la condición intelectual” probablemente hubiera provocado discusión con quienes defienden una total, mediada o absoluta autonomía de la crítica literaria que deja atrás el modelo de “intelectual comprometido” de fuerte impronta en la tradición nacional. En definitiva, el lugar de la crítica en los medios, la Academia o nuevos y viejos proyectos independientes, las determinaciones que le impone o posibilidades que le da, las distintas corrientes valorizadas o no en ellos, ¿no hubieran sido ejes esenciales en discusión para dar cuenta de la crítica literaria argentina? Si es cierto que hay puntas de ello en los distintos textos, también lo es que el ordenamiento de la revista evita que se crucen.

Claro que puede argumentarse que tal falta de criterio editorial está para que sea el propio lector quien saque conclusiones, pero confiamos que por sonar demasiado a una paternal pedagogía que subestima la capacidad del lector de posicionarse en medio de una discusión, además de simular la “libertad de opción” del mercado más que una verdadera pluralidad de ideas, no serán éstas las justificaciones del editor.

Quizá no sea sólo un problema de la revista, y en este sentido sí podemos decir que ha logrado mostrar algo de la crítica argentina actual. La mayoría de las jornadas organizadas por la Academia dedicadas al tema se plantean de modo similar: cada exponente escribe sin saber de qué van a hablar los otros y luego las ponencias se reúnen con títulos abarcativos que permitan cerrar la cantidad de mesas y horarios. Luego, la discusión en las mesas depende más del público o del carácter polémico de algún conferenciante que de la voluntad de producir debate de los organizadores. En definitiva, en revistas, libros o jornadas, uno puede acordar con uno u otro marco propuesto, puede considerar excesivas ciertas lecturas, unilaterales por denostar a todos o poco incisivas por regodearse con todos, pero de eso justamente se trata la crítica. ¿Qué diría uno de una monografía o ensayo que se queda en el “estado de la cuestión”?⁴.

4. Quizá pensar esta última característica señalada de la crítica sirve para abordar un problema central para toda práctica crítica como son las “historias” que de la literatura se construyen (tema que Panesi o el propio González sobrevuelan en los distintos *raccontos* escritos para *La Biblioteca*). Distintos proyectos actuales de “Historias” de la literatura argentina, como la actualmente en proceso dirigida por Jitrik, a pesar de tener un evidente hilo conductor cronológico, reúne autores diversos en cada volumen, dirigidos éstos a su vez por distintos críticos. Ejemplos como estos proliferan en la producción bibliográfica actual, diferenciándose de las más tradicionales “historias de autor” donde éste elegía un marco interpretativo que daba razón a los autores y problemas elegidos y desarrollados. A qué responde este cambio, qué implicancias teóricas tiene, qué problemas y ventajas supone, llevaría probablemente a una mayor problematización de la crítica argentina, su desarrollo histórico, sus influencias y las teorías presueltas en ella.

No podemos desarrollarlo aquí pero queremos señalar un problema no abordado en los textos reunidos, más allá del criterio editorial. Llama la atención una ausencia a lo largo de los distintos textos: durante los últimos 20 años, aunque ahora en crisis, ha primado en la Academia, a la que la mayoría de los autores reunidos pertenece, teorías de corte posestructuralista que ciertamente se dan de frente con la mayoría de la tradición crítica nacional e incluso con las prácticas críticas de muchos de quienes los difunden en sus clases. Se defienda o no este marco teórico, cómo se sostiene esta distancia en la tradición nacional, por qué se pusieron de moda y por qué están hoy en crisis sin duda hubiera sido un tema interesante pero ausente en la revista, a pesar de que muchos de los autores utilizan a representantes de estas corrientes como cita de autoridad aquí y allá.

Respecto a *La Biblioteca*, más allá de los aportes de numerosos trabajos, el pluralismo que nos prometía el editorial más parece eclecticismo en manos del editor. Echamos de menos, si no la redundancia de la que González hacía gala en la editorial, al menos uno o dos puntos en común sobre los temas.